

La imagen de un Crucifijo, siglo XVIII, que no llegó a Pamplona

Más de 8 páginas —16-25— dedica Fray Roque Alberto Faci, carmelita, en el tomo II de su monumental «Aragón, Reyno de Christo, etc.» (Zaragoza, 1739) a la referencia del Santo Cristo de Villarquemado. En la descripción topográfica que hace el autor, indica que está a 4 leguas de Teruel, en el campo ameno del Río Celda. A este pueblo llegó, con su séquito de mulos y peones encargados de la impedimenta el imaginero valenciano Marcos Angós. Iba de camino en dirección a Pamplona, donde iba a entregar un Cristo Crucificado que se le encargó en la capital navarra y que lo había trabajado «con mucho primor». Mostraron curiosidad los vecinos por contemplar la imagen, pero el imaginero se negó alegando las enojosas molestias que ello implicaba. Entonces pensaron en quedarse con el Crucifijo, a lo que también se opuso rotundamente su autor, pues se trataba de un encargo y debía proseguir el viaje hasta Pamplona. Algún vecino se obstinó en la compra, ofreciendo su aportación y recabando la pertinente del Ayuntamiento; éste alegó su extrema penuria y se desvanecieron las esperanzas. Durante la noche que en Villarquemado pasó Marcos Angós, se hicieron nuevas gestiones y renovadas ofertas que iban reblandeciendo la disposición primera del autor. Pasó la noche, y sin concertar pacto alguno, la comitiva se puso en marcha. Más he aquí que, inesperadamente, se agolpan nubes bajo el rielo azul y comienza a nevar tan copiosamente que, imposibilitado el tránsito, los caminantes tuvieron que volver a Villarquemado. En tal trance, el imaginero creyóse en el caso de satisfacer la curiosidad de los vecinos y desembaló la imagen. Gustó tanto que le propusieron sacarla de la posada y llevarla con hachas, procesionalmente, a la iglesia parroquial, como se hizo. La colocaron en el altar de la Virgen del Pilar, y ante la insistencia fervorosa de todo el pueblo, se avino a que la adquiriesen. Pidió 500 escudos, precio que no alcanzaban a satisfacer aquellas pobres gentes; tras ruegos insistentes, bajó a 200 escudos, que también les pareció excesivo. Desilusionados los del pueblo, se resignaron a que se llevara la imagen que quedó depositada en la parroquia. Durante la noche tuvo, por lo visto, una rara inspiración el imaginero, y llegado el día siguiente manifestó al vecindario que regalaba el Crucifijo. El pueblo, jubiloso, ofreció darle cien fanegas de trigo «pagaderas en agosto siguiente». Mas luego, las cien fanegas de trigo se convirtieron en fanegas de cebada. A la imagen se le puso el título, que fué sorteado entre otros, de «Santo Cristo de todo consuelo». Ocurrió esto en marzo de 1741. El P. Faci enumera varias intervenciones de carácter milagroso atribuidos a esta imagen del Crucificado que estaba destinado a Pamplona y que de modo tan pintoresco se quedó en el camino.